





El empresario de pompas funebres

Alexander Pushkin



*¿Acaso no vemos cada día ataúdes
en este viejo y caducante mundo?*

DERZHAVIN

Los últimos bártulos de Adrián Projorov, empresario de pompas fúnebres, fueron arrojados en la carreta mortuoria y la pareja de flacos caballos arrastróse por cuarta vez desde la calle Basmannaia hasta la Nikitskaia, donde su dueño se mudaba a vivir. Después de cerrar el taller, clavó en la puerta un anuncio haciendo saber que la casa se vendía o se alquilaba. Acto seguido, Adrián se encaminó a pie a su nueva residencia. Al acercarse a la casita amarilla que durante tanto tiempo sedujo su fantasía y que, finalmente, había adquirido por una suma considerable, el viejo empresario de pompas fúnebres dióse cuenta, no sin asombro, de que su corazón no experimentaba alegría alguna. Cuando traspasó el desconocido umbral y vio el desbarajuste que había en su nueva vivienda, suspiró recordando la destartalada choza en la que durante dieciocho años había reinado el más estricto orden. Regañó a sus hijas y a la asistenta por su lentitud y dispúsose a ayudarlas. Pronto establecieron el orden; la hornacina con los iconos, el armario de la vajilla, la mesa, el diván y las camas ocuparon los lugares designados en la parte posterior de la casa; en la

cocina y en la sala dispusieron los artículos y herramientas del dueño de la casa; féretros de todos los colores y de diversos tamaños, así como los armarios con los sombreros de luto, mantillas y antorchas. Sobre la puerta pendía un rótulo que representaba a un obeso amorcillo con un torcido hachón en la mano, y en el que se leía la siguiente inscripción: “Aquí se venden y se tapizan ataúdes, tanto corrientes como barnizados; también se reparan los viejos o se facilitan en alquiler”. Las muchachas jóvenes retiráronse a su alcoba. Adrián echó un vistazo a su vivienda, sentóse ante la mesa y ordenó que sirvieran el samovar.

El ilustrado lector sabe que tanto Shakespeare como Walter Scott nos describieron a sus respectivos enterradores como sujetos joviales y bromistas para, en virtud del contraste, sorprender más vivamente nuestra imaginación. Por respeto a la verdad nosotros no podemos seguir su ejemplo y vémonos obligados a reconocer que el carácter de nuestro empresario de pompas fúnebres está en absoluta concordancia con su lúgubre profesión.

Por lo general, Adrián Projorov era de un natural medita-bundo y sombrío. Únicamente solía romper su silencio para sermonear a sus hijas cuando las sorprendía de brazos cruzados ante la ventana viendo pasar a los transeúntes, o para reclamar un precio más elevado por sus artículos a quienes tenían la desgracia (o la satisfacción, a veces) de precisar de ellos. Así es que, sentado bajo la ventana y bebiendo su séptima taza de té, estaba Adrián, como de costumbre, sumido en tristes cavilaciones. Pensaba en la lluvia torrencial que, en el mismo límite de la población, había recibido la semana anterior al entierro del brigadier jubilado. Por su culpa muchas mantillas habíanse encogido y mu-

chos sombreros se habían abarquillado. Previó gastos inevitables, pues su antigua reserva de galas mortuorias había llegado a un estado deplorable. Confiaba en poder cargar el desembolso de la vieja Trujina, mujer de negocios, que se hallaba, hacía ya casi un año, a las puertas de la muerte. Pero Trujina se moriría en la calle Rasguliaya y Projorov temía que sus herederos, pese a su promesa, no irían tan lejos en su busca, sino que se pondrían de acuerdo con el empresario más cercano.

Tales reflexiones fueron bruscamente interrumpidas por tres golpes en la puerta.

—¿Quién es? —preguntó el enterrador.

Abrióse la puerta y entró en la habitación un individuo de apacible traza, que al primer golpe de vista podía reconocérsele como a un artesano alemán, y que se acercó al empresario.

—Dispéñeme, querido vecino —dijo expresándose en un ruso que aún hoy nos causa risa al oírle—, dispéñeme si he venido a molestarle..., pero deseaba trabar conocimiento con usted cuanto antes. Soy zapatero, mi nombre es Gotlib Shultz y vivo al otro lado de la calle, en aquella casa que está frente a sus ventanas. Mañana celebro mis bodas de plata y le suplico que tanto usted como sus hijas vengán a comer conmigo como buenos amigos.

Su invitación fue aceptada cordialmente y Adrián le pidió que se sentara con él y aceptara una taza de té. Gracias al carácter expansivo del zapatero no tardaron en iniciar una amistosa conversación.

—¿Cómo va su negocio, señor? —preguntó Adrián.

—¡Ah! Pues así, así. Mas no puedo quejarme aunque, claro está, mi mercancía no es como la suya: el

vivo puede prescindir del calzado, pero el muerto no puede vivir sin ataúd.

—Eso es la pura verdad —respondió Adrián—. Sin embargo, si el vivo no tiene con qué comprarse unas botas, no hay de qué preocuparse, pues va descalzo, pero el difunto menesteroso siempre cuenta con un ataúd, aunque sea de balde.

Y de este modo prosiguió durante cierto tiempo su conversación, hasta que el zapatero se levantó por fin, y despidióse del enterrador reiterándole su invitación.

A las doce en punto del día siguiente Adrián y sus hijas cruzaban la puerta de su casa y se encaminaban a la del vecino. No me detendré en describir la casaca rusa de Adrián Projorov, ni el atuendo europeo de Akulina y de Daria, renunciando así a la costumbre adoptada por los novelistas de hoy día. No obstante, considero que no estará de más señalar que ambas jóvenes habíanse tocado con los sombreros amarillos y habían calzado sus pies con los zapatos colorados de las ocasiones solemnes.

La reducida vivienda del zapatero estaba atestada de invitados, menestrales alemanes, en su mayor parte, con sus esposas y aprendices. Sólo había allí un funcionario ruso, el vigilante Yurko, quien, a pesar de su humilde empleo, había sabido ganarse el aprecio del amo de la casa. Durante veinticinco años había servido Yurko con toda fidelidad. Cuando el incendio del año 12 devastó la antigua capital, destruyó también su caseta amarilla; pero en cuanto el enemigo fue arrojado de la ciudad apareció una nueva caseta, de color gris con columnas de orden dórico, y nuevamente volvióse a ver al guarda Yurko pasearse gallardo ante ella. Era conocido por la mayor parte de

los alemanes que vivían en las mediaciones de la Puerta de Nikitskaia, y algunos de ellos habían tenido necesidad de pasar con Yurko la noche del domingo al lunes.

En seguida intimó Adrián con él por tratarse de una persona de la que, más pronto o más tarde, puede uno precisar, y cuando los invitados se dirigieron a la mesa ambos se sentaron juntos. El señor y la señora Schultz y su hija Lotgen, joven de diecisiete años, empezaron a comer, animaban a los invitados a seguir su ejemplo y ayudaron a la cocinera a servir la mesa. La cerveza corría en abundancia. Yurko comía por cuatro, Adrián no le iba a la zaga, pero sus hijas se mostraban gazmoñas. La conversación en alemán iba siendo cada vez más endoza, mas, de repente, el dueño de la casa reclamó un momento de atención, descorchó una botella de marca y gritó en ruso:

—¡A la salud de mi buena Luisa!

El vino achampañado burbujeó, el anfitrión besó tiernamente el lozano rostro de su cuarentona compañera y todos bebieron alborozados a la salud de la bonachona Luisa.

—¡A la salud de mis amables huéspedes! —brindó en alemán abriendo la segunda botella.

Sus invitados se lo agradecieron apurando otra vez las copas y, a partir de aquel momento, los brindis perdiéronse uno tras otro: bebieron separadamente por cada convidado, por Moscú y por una docena de ciudades alemanas; brindaron por todos los gremios en general y por cada uno en particular, por los maestros y por los aprendices. Adrián bebió con ardor, achispándose de tal manera que llegó a proponer un jocoso brindis. De repente uno de los invitados, un gordo panadero, alzó la copa y exclamó:

—¡A la salud de aquellos para quienes trabajamos, *unserer kundiente*!

Esta propuesta, lo mismo que las anteriores, fue acogida entusiasta y unánimemente. Los comensales empezaron a hacerse mutuas reverencias: el sastre al zapatero y el zapatero al sastre; el panadero a los dos anteriores; los otros al panadero, y así sucesivamente. Yurko, en medio de estas recíprocas genuflexiones, gritó a su vecino:

—¡A ver, padrecito, canta a la salud de tus muertos!

Todos lanzaron una carcajada y el empresario de pompas fúnebres consideróse ofendido y se enfurruñó. No lo advirtió nadie, siguieron bebiendo y ya habían tocado a vísperas cuando se levantaron de la mesa. Se separaron tarde y la mayoría iban embriagados. El grueso panadero y el encuadernador, cuyo rostro parecía encuadernado en tafilete encarnado, tomaron a Yurko por los brazos y le llevaron a su caseta, cumpliendo así el proverbio que dice “Amor con amor se paga”. El enterrador regresó a su casa borracho y disgustado.

—Pero ¿qué se ha creído? ¿Acaso mi oficio es menos honorable que los otros? ¿O es que un empresario de pompas fúnebres es hermano del verdugo? ¿De qué se ríen esos herejes? ¿Creen que un empresario de pompas fúnebres es un bufón carnavalero? Tenía pensado invitarlos para festejar nuestra nueva residencia y obsequiarles con un buen banquete, pero, ¡no será verdad! Invitaré a aquellos para quienes trabajo: a los difuntos ortodoxos.

—¿Qué te ocurre, padrecito? —preguntóle la sirvienta que le estaba descalzando—. ¿Qué estás diciendo? ¡Haz la señal de la cruz! ¡Vaya ocurrencia llamar a los muertos para celebrar la llegada a la nueva casa!

—¡Como hay Dios que les invitaré! —insistió Adrián—. ¡Además, mañana mismo! ¡Por favor, bienhechores míos, mañana por la tarde acudid a mi festín, os obsequiaré con todo lo que Dios me ha dado!

Después de que hubo dicho estas palabras se dirigió a su cama y pronto se le oyó roncar.

Aún no era de día cuando despertaron a Adrián. La traficanta Trujina había fallecido aquella misma noche y su administrador enviaba un emisario a caballo para informar a Adrián de esta noticia. El empresario le dio diez kopekes de propina, vistiéndose precipitadamente y partió para Rasguliaya. Ante la casa de la difunta ya montaba la guardia la policía y los mercaderes paseábanse de un lado para otro, como cuervos que olfatearan la carroña. La muerta yacía en una mesa, amarilla como la cera, pero no desfiguraba aún por la descomposición. Junto a ella se agolpaban los parientes, los vecinos y la servidumbre. Todas las ventanas estaban abiertas y las velas encendidas, y los sacerdotes rezaban las oraciones. Adrián se acercó al sobrino de Trujina, un joven comerciante con chaleco a la moda, y le comunicó que el ataúd, los cirios, el sudario y el resto de los efectos funerarios serían enviados con toda puntualidad. El heredero le dio las gracias distraído y añadió que no ponía reparos al precio pues confiaba en su integridad. El empresario, siguiendo el hábito, puso a Dios por testigo de que no cobraría más de lo debido; intercambió después una significativa mirada con el administrador y se fue a hacer las gestiones necesarias.

Se pasó el día entero yendo de Rasguliaya a Nikitskaia y a la inversa; hacia el atardecer lo tenía ya todo dispuesto, despidió al cochero y se dirigió andando a su casa. Era una noche de luna y llegó sin

contratamos a la Puerta de Nikitskaia. Al pasar por la iglesia de Vosnesenskaya le dio el alto nuestro amigo Yurko, pero al reconocer al dueño de la funeraria le deseó las buenas noches. Era hora avanzada y Projorov acercábase ya a su casa, cuando le pareció que alguien estaba ante su puerta, que la abría y desaparecía en el interior. “¿Qué pasará? —pensó Adrián—. ¿Quién precisará otra vez de mí? ¿Será un ladrón el que ha entrado en mi casa? ¿Será algún amante que visita a las necias de mis hijas? ¡Todo pudiera ser!” Y ya se disponía a reclamar la ayuda de su amigo Yurko, cuando alguien más se acercó a la puerta y estaba a punto de entrar en el momento en que vio a Adrián que corría hacia la casa; entonces el visitante se detuvo y se quitó el sombrero de tres picos. Al empresario le pareció un rostro conocido, pero por las prisas no pudo observarlo bien.

—Usted venía a mi casa —dijo Adrián sofocado—, pues haga el favor de pasar.

—No te andes con cumplidos, padrecito —rehusó el otro con voz ronca—. Ve delante e indica el camino a tus invitados.

Adrián tampoco tenía tiempo de andarse con ceremonias; la puerta ya estaba abierta y pasó hasta la escalera seguido por el visitante. Tuvo la impresión de que en sus habitaciones había gente. “¿Qué diablos ocurre?”, pensó, apresurándose a entrar.

Sintió que las piernas le flaqueaban. La estancia aparecía llena de difuntos. A través de las ventanas la luna iluminaba sus rostros amarillentos y azulinos, sus bocas hundidas, sus semicerrados y mortecinos ojos y sus narices prominentes... Adrián reconocía horrorizado a aquellas gentes que habían sido sepultadas con su participación, descubriendo también entre ellas al brigadier enterrado el día de lluvia torrencial.

Todos ellos, damas y caballeros, rodearon al empresario y le saludaron con reverencias, excepto un indigente que había sido enterrado recientemente gratis y que, abochornado y lleno de vergüenza por los harapos que llevaba, permanecía humildemente en un rincón. Los otros iban ataviados con decoro: las difuntas con cofias y cintas; los difuntos funcionarios con uniforme, pero con las barbas sin afeitar, y los mercaderes con sus levitas de los días de fiesta.

—Como ves, Projorov —manifestó el brigadier en nombre de la honorable concurrencia—, todos nos hemos alzado a tu invitación; únicamente han quedado en casa los imposibilitados, los completamente desmoronados y los que sólo conservan los huesos sin pizca de piel..., aunque ha habido uno de ellos que no ha podido resistir al deseo que tenía de venir a tu casa...

En aquel instante, un pequeño esqueleto se abrió paso entre los presentes y se acercó a Adrián. Su calavera sonreía cariñosamente al empresario; colgaban de él, como de un mástil, trozos de paño verde y rojo y pingajos de viejo lienzo, y los huesos de sus pies resonaban dentro de las botas de montar como el mallo en el almirez.

—No me reconoces, Projorov —dijo—. ¿Te acuerdas del sargento de la Guardia retirado, Pedro Petrovich Kurilkin, el mismo a quien en 1799 vendiste tu primer ataúd diciendo que era de roble, cuando en realidad era de pino?

Al pronunciar estas palabras el cadáver extendió sus huesudos brazos para abrazarse a Adrián, pero éste hizo acopio de todas sus fuerzas, lanzó un grito y le rechazó. Pedro Petrovich se tambaleó, cayó al suelo y se desmoronó.